

LA ÚLTIMA HIJA DE NÚMENOR



I. LA TABERNA

En el año 3369 de la Segunda Edad, los reinos unificados de Arnor y Gondor prosperan pesadamente bajo el mandato del Rey Elendil. Han pasado 50 años desde el hundimiento de la isla de Númenor. Los señores de Andúnië se lamentan, pero sus lamentos son indiferentes al devenir de los hombres salvajes de la Tierra Media. El hálito de podredumbre que rodea a los númenóreanos malditos es aún palpable. Con el estigma de fieles a los Valar, imploran recuperar el señorío y la grandeza de sus antepasados, ateniéndose a un credo irrelevante en esta desidiosa tierra. Pero no todos ellos. Muchos viajaron en las naves de Elendil huyendo del cataclismo y unos pocos, tan solo de la vergüenza. Vergüenza por no haber abierto los ojos ante las ponzoñosas manipulaciones del consejero real. Una vergüenza que no se puede sanar pero si paliar vaciando las jarras de madera más grandes de Arnor. Hoy, una taberna cualquiera en Rhudaur es el lugar de reposo de mendigos, ladrones, malhechores, bandidos y granujas, y hoy, igual que ayer, ha sido testigo de una pelea.

—Poneos esto en la nariz. Estáis dejándolo todo perdido ¿Por qué tuvisteis que pegarle?—dijo el tabernero, acercando un paño húmedo.

— ¿Perdido? ¿He manchado vuestro valle élfico? además, se lo merecía. No pienso tolerar tamañas patrañas. —dijo Tuan, cubriendo la nariz con el paño. — ¿Acaso escuchasteis lo que dijo?

—Es un escaldo errante. Alguna vez ha pasado por aquí e intercambia poemas y canciones por un plato caliente y una jarra de hidromiel. Suele cantar sobre la codicia y caída del último Rey de Númenor. Quizá se mostró indolente pero ¿qué tiene eso de malo?

—Barata es la hidromiel si la intercambiáis por execrables calumnias — volvió a contestar Tuan, que sostenía el paño sobre su nariz y empezaba a teñirse de rojo— ¡Por favor, ni siquiera pronunciaba bien el nombre del último Rey!

—Perdonaré vuestro agravio sobre mi hidromiel porque suficientemente lamentable es veros como os han dejado la cara. —Contestó tajantemente el tabernero y tras un silencio, preguntó con curiosidad — ¿Vos erais de allí, verdad? de Númenor.

—Lo fui... y lo soy. ¿Acaso se puede dejar de ser de un lugar, aunque desaparezca? Yo soy Tuan, hijo de Carell, consejero de Amandil y memoria histórica de la Isla estrella. Nací en Andustar, la región más occidental de la isla. Yo estuve allí cuando todo sucedió y cuando la maldad entretejió las mentiras que circulan hoy para acrecentar el temor de los hombres. Timoratos y canallas que cuentan mentiras como ese desgraciado. Relatos que narran como un Rey apodado «El Dorado» se comportaba como un mequetrefe. Nada de lo que ocurrió allí fue tan sencillo. No fue la codicia lo que provocó la caída de la isla estrella. Tan solo existe una emoción humana capaz de derrumbar montañas, arrancar joyas de coronas negras o hundir islas regaladas por los dioses; el amor.

— ¿Memoria histórica? ¿Erais el amanuense de Amandil? ¿El padre de Elendil?— preguntó el tabernero con incredulidad.

—Letrado sois si conocéis el linaje de Elros Tar-Minyatur y los antiguos señores de Andúnië. Una cualidad poco común y poco útil para dispensar platos de judías. ¿Sabéis leer y escribir? Yo antes escribía. En Adunaico y en Quenya. Asistía a las reuniones con mi señor y el Rey Ar-Pharazôn— dijo enfatizando en el sonido labiodental de la «f». — Memorizaba sus palabras y las copiaba, pero todo se hundió, todas las páginas y las tintas ¡Ah, cómo echo de menos el olor de las tintas!... ¿Qué sabéis de la caída de Númenor, tabernero?

—Lo que cuentan los bardos y charlatanes en rincones oscuros. Nadie quiere hablar mucho de aquello. Recuerdo viejas historias de mi padre sobre los marineros mercantes del oeste antes de que la isla quedara sepultada por el mar. Tengo entendido que el Rey lanzó sus barcos contra la tierra prohibida para reclamar la virtud de la inmortalidad que se concedió a los elfos. Los Valar levantaron una gran ola que recorrió el oeste y hundió la isla, arrasando con todo. También escuché que fue la sugestión de un vetusto elfo.

—Annatar— interrumpió Tuan— no era un elfo, pero sí vetusto. Annatar fue más inteligente que todos nosotros y ofreció al rey lo que más ansiaba.

—La inmortalidad— profirió el tabernero.

—¡No, ni hablar! Ar-Pharazôn jamás deseó la inmortalidad más que cualquier moribundo en su lecho mortal. Valinor ofrece muchas más virtudes. Si pisas su arena blanca, el tiempo se detiene... eso es cierto. Y también es cierto que la enfermedad remite, y esa es la verdad. El Rey Ar-Pharazôn no era un buen rey pero eso no te convierte en malvado o cruel. Lo que buscaba era la cura para una enfermedad. Su esposa, Míriel quedó encinta y meses antes del alumbramiento, enfermó. Una inusual afección que no entendimos hasta que fue demasiado tarde. Cuando la medicina de Númenor fue insuficiente, partieron naves hacia el este, el norte y el sur en busca de remedios curativos. Por desgracia, solo existía un lugar donde podría sanar definitivamente, rumbo hacia el oeste, más allá del cinturón de archipiélagos de las islas encantadas.

—El rey no tuvo ninguna hija— afirmó el tabernero.

—Se hubiera llamado Ancalimë—dijo Tuan con la mirada perdida hacia la ventana más próxima, —como la primera reina de Númenor, descendiente del navegante Tar-Aldarion. —*Númenya aranel, silmuva tennoio, «la princesa del oeste, brillará por siempre».*

La sangre de su nariz comenzó a detenerse y cuando Tuan alzó la mirada vio que había varias personas prestando su oído a las palabras que narraba. El tabernero cogió el pañuelo y a cambio ofreció una jarra llena al númenóreano.

—Acepta esta jarra de barata hidromiel y cuéntanos más, viejo escriba. —dijo el tabernero.

Pasaron varios segundos hasta que Tuan reaccionó. Se quedó mirando a la pared donde había un cuadro. Se trataba de un viejo mapa del firmamento que debió ser usado por los marineros de la zona hace ya mucho tiempo. Un mapa de las estrellas que decoran el cielo nocturno y guían a los navegantes. Terminó levantándose y de debajo de la capa sacó una lira con motivos adunaicos. Se trataba de madera de Laurinquë y tenía pintadas flores amarillas que descolgaban en largos racimos. Alzando un pie sobre un banco y

mirando a todos los presentes que ya no disimulaban su interés, apretó las clavijas de metal y rasgó las cuerdas.

— ¡Hwæt!— gritó Tuan, estremeciendo a todos los asistentes — ¡Escuchad! Pues yo conozco la gloriosa historia y caída que antaño lograron los portadores del cetro de Annúminas. — y cerrando los ojos, declamó como los antiguos bardos en los grandes salones. —«*Éphalak îdôn Yôzâyan...*» —que en su lengua vernácula quiere decir: «Muy lejos está ya la tierra del Don...»

II. UNA RELACIÓN PROHIBIDA - *64 años antes de la caída de Númenor*

La luz que entraba a través de los vitrales chocaba en la mesa de piedra con destellos verdes y rojos. Esta, tenía cinco lados que simbolizaban las regiones de la isla y estaba lustrada de forma que podías apreciar el reflejo de los presentes a aquella reunión vespertina sin alzar la vista. Los artesanos de Armenelos eran magníficos y no escatimaban en materiales a la hora de hablar del mobiliario de palacio real. Sobre esta piedra había varios prístinos pergaminos que contenían las leyes númenóreas.

—No deberán contraer matrimonio los parientes en línea recta por consanguinidad o adopción, ni los colaterales por consanguinidad hasta el cuarto grado. —leyó Tuan

—¿Y eso qué significa? —preguntó Tar-Calion

Tuan miró a su señor Amandil, solicitando permiso para contestar pero fue interrumpido por la Señora del cetro de los Reyes del mar y actual regente de Númenor.

—¡Qué no podemos casarnos! La ley estipula que familiares directos como madre e hijo o indirectos como primos no puedan contraer casamiento, además sería una aberración a los ojos del pueblo — contestó Míriel de manera taxativa.

—Mi señora— dijo Amandil— El pueblo está inquieto por la muerte de vuestro padre Tar-Palantir y cada vez rehúye más a la corona. Rumores de nigromancia llegan día a día a nuestros puertos provenientes del este. Más allá de nuestra isla, la brujería derrota a nuestros amigos y el pueblo siente miedo. No debemos descuidar los asuntos civiles si no queremos sufrir revueltas, debemos centrarnos en la guerra venidera y dejar los problemas de alcoba en secreto. Númenor no aceptará que vuestro primo, sea vuestro esposo.

Míriel sacó de su bolsillo un pequeño pergamino arrugado y se dirigió al resto de presentes.

—Hace tres días, recibimos una misiva lacrada con un sello en forma de ojo de color rojo sobre fondo negro. La nigromante amenaza de la que habláis nos convida a rendir pleitesía al pueblo de la isla estrella bajo aviso de consecuencias, pero mientras porte el cetro, Númenor no se someterá a ningún poder extranjero. El alto pueblo de los hombres seguirá a su señora a la batalla si es necesario. Los númenóreanos somos caros a los Valar, el océano es nuestro feudo y la guerra, menester de los valientes.

Tuan sabía que su señor Amandil, tenía fe ciega en la portadora del cetro. Podría derrotar con su valor lo que se propusiera pero para este enemigo necesitaban el apoyo del pueblo. Númenor estaba a la vanguardia sobre asuntos civiles pero seguía siendo esclavo de viejas costumbres más tradicionales. Amandil escogió las palabras con suma cautela. Una tarea ímproba ante tan carismática reina.

—Se avecina una guerra contra insondables poderes y necesitamos el apoyo del pueblo. Vuestra gente, mi señora, manifiesta su lealtad día a día pero flaquea al recibir órdenes de guerra provenientes de una mujer. Mi señora, el pueblo preferiría seguir a la batalla a un varón. Un señor de la guerra y navegante como los de antaño. Un consorte digno de capitanear el Alcarondas.

—Mi corazón pertenece a mi primo Tar-Calion— dijo Míriel obstinadamente, posando su mano sobre la de su amado. — No me desposaré con ningún otro para entregar el cetro.

Amandil miró a su consejero Tuan. Los dos parecían estar pensando en lo mismo. Existía una opción que no gustaría a ninguna de las partes pero que podría resolver los conflictos a corto plazo.

—El pueblo busca un soberano varón—dijo Amandil— Tar-Calion os tomará como esposa por la fuerza a ojos del pueblo con el menester de hacer frente al conflicto en el continente. Vuestro amor será un secreto y solo visible ante la mirada de las águilas de Manwë, El mundo no podrá tomar palabra en este enlace pues será dictado por la voz del portador del cetro.

Míriel con la mirada perdida sobre los colores de las cristaleras proyectadas en la mesa apretó los dientes. Costaba entender como había llegado a esa encrucijada. Por un lado podía reinar y ser la reina que se merece Númenor y por otro lado, ceder su reinado y caer en el ostracismo a cambio del amor que profesaba hacia su primo.

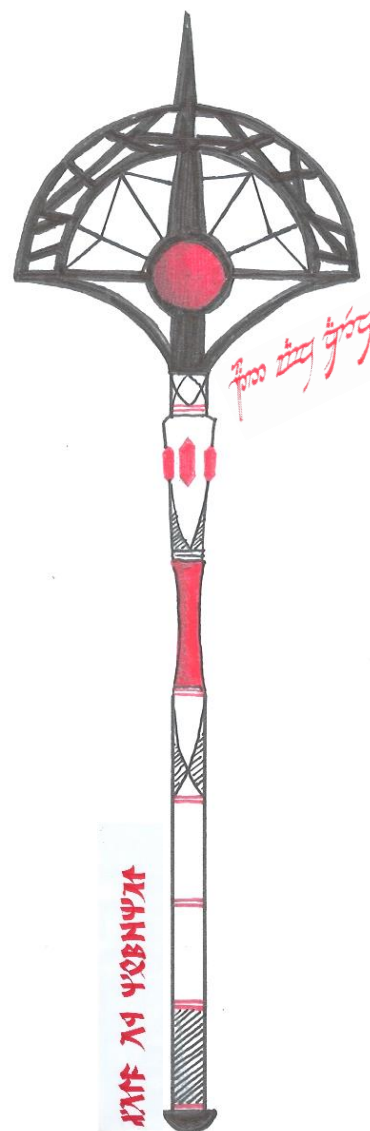
—Ninguno de los presentes decidirá por vos, mi señora. — dijo Amandil.

Amandil, hizo un gesto con la cabeza a Tuan que se levantó y salió de la sala donde estaban. Cogió también a Tar-Calion y lo sacó de allí dejando en soledad a la Señora del cetro que clavaba sus años en la mesa.

Míriel se irguió, más alta que sus antecesores y clamó— ¡Alto! — Cuando Amandil y Tar-Calion se giraron, allí estaba ella. La luz de las cristaleras se había extinguido y la figura de la Señora quedaba en penumbra. Una suave oscuridad que permitía ver como la figura extendía el brazo entregando una luz roja. Un cetro forjado en hierro negro y coronado en su centro con una esfera carmesí que brillaba bajo la penumbra. Míriel entregó el cetro de Annúminas y con ello, el reino de Númenor.

La decisión de Míriel fue, sin duda, el primero de los grandes errores que se perpetró en aquellos tiempos. Tar-Calion era varón pero no estaba preparado para reinar. Era un buen marinero y capitán pero indiferente a los asuntos sociales del reino. Míriel en cambio, había sido instruida desde pequeña, en las soberanas artes; Justicia y paz. En su coronación Míriel adoptó el nombre de Ar-Zimraphel mientras que Tar-Calion escogió el de Ar-Pharazôn.

Es sorprendente que, dentro de esta inmensa telaraña de mentiras, la primera de ellas fuera con la mejor de las intenciones, el inefable amor entre dos personas que no podían unirse a los ojos de la sociedad.



III. EL NIGROMANTE - 57 años antes de la caída de Númenor

Con el paso del tiempo, el cetro fue volviendo más y más orgulloso a Ar-Pharazôn que fue desatendiendo sus obligaciones como esposo es pos del reinado. El cetro, carente de poder real simbolizaba el dominio sobre todos los pueblos allende el este. El rey, que poseía un frágil ego y una rápida cólera, solo encontraba un rival para gobernar a los reinos de los hombres, el nigromante y brujo Annatar, o Sauron, como se le empezaba a conocer entre sus filas, que se autoproclamó Rey y desafió al poder de Númenor. Ar-Pharazôn navegó con su ejército hasta la Tierra Media y se cuenta entre los que aún entienden a los pájaros que los cientos de barcos parecía un bosque sobre las aguas. Annatar, más hábil y taimado que su rival, hizo el primer movimiento sobre el tablero alzando una bandera blanca y convocando una reunión formal.

Ar-Pharazôn lo recibió en su trono y quedó embelesado por su aspecto, muy distinto al imaginado cuando se piensa en un brujo. No había cicatrices ni rasgos de envejecimiento y era más alto que cualquier elfo o númenóreano. Vestía una túnica blanca que parecía no conocer la mácula y tan solo llevaba una hombrera de metal atada al cincho con cadenas de plata. Su pelo era negro como el azabache y sus ojos amarillos. Annatar no llevó servidumbre, no había orcos ni bestias, sino que asistió totalmente solo y desarmado.

El Rey Ar-Pharazôn sabía que debía llevar las riendas de la reunión si quería llegar a buen puerto y para ello debía decir la primera palabra pero le fue imposible. Hipnotizado por el aspecto de su rival no podía articular sonido, de forma que empezó hablando Annatar.

—Mi señor, sin duda, hemos sido víctimas de desafortunados malentendidos entre nuestros reinos. No soy vuestro rival y no podría serlo, pues os encontráis muy por encima de mi pequeño país.

—¿Y qué país es ese?—Pudo preguntar Ar-Pharazôn— ¿Quién sois exactamente?

— Soy tan solo un herbolario y un orfebre, más viejo que muchas de las montañas de esta región. Tan solo intento prosperar y dar a mi pueblo la comodidad que se merece.

—Se os acusa de brujería y nigromancia, además de asaltar varios poblados costeros. Recibimos también una misiva con su sello real obligando a postrarse a mi pueblo ¿Qué tenéis que decir ante estas acusaciones?— decía el portador del cetro, intentando coger las riendas de la reunión.

—¿Nigromancia?—Contestó Annatar—Intentar frenar la mano de la fría muerte con ungüentos y hierbas no creo que deba ser descrito como nigromancia. ¿Y brujería? ¡Por los Valar! He leído sobre ello en viejos manuscritos pero no sabría ni por donde empezar. En relación a la misiva que recibisteis no puedo desacreditarla. Es cierto, yo mismo la escribí de mi puño y letra.

—Asumís la responsabilidad entonces. En esa carta había palabras de guerra— contestó Ar-Pharazôn amedrentando a Annatar.

—Fui mal informado mi señor. Para los hombres del este, Númenor es un pueblo de brujos y hechiceros con el Don de la larga vida. Es algo que en esta tierra es inconcebible.

Una injusticia por parte de los dioses otorgar estas diferencias. Pero ahora mi señor, he visto la grandeza de vuestro pueblo y pediría que aceptarais mis disculpas y que me permitierais desagraviaros regalándoos estos obsequios.

Annatar sacó de debajo de su túnica un pañuelo de color escarlata y desenvolviéndolo dejó entrever tres anillos de plata. Eran completamente lisos y no había joyas engarzadas. Se podría decir que era arrogantemente perfectos pero que parecía insultantemente comunes a los ojos inexpertos.

—Estos anillos han sido bendecidos por mi credo y confieren a su portador valor e inteligencia ante los devenires del mundo. Querría que los aceptarais como símbolo de la unión entre nuestros pueblos. Casi como un matrimonio, ¿Vos estáis casado, mi señor? —preguntó Annatar.

—¿Tres anillos? He movilizado a mi ejército bajo la promesa de gloria y guerra y pretendéis que acepte vuestro obsequio y vuelva a mi isla sin más, ante el perjurio realizado. —dijo encolerizado Ar-Pharazôn. Después atendió a la pregunta y pensó en Míriel. Hacía tiempo que no pensaba en ella y se preguntó qué decisión tomaría en esta situación.

—Mi señor, —interrumpió Amandil, que se encontraba a la siniestra del trono y atendía en silencio. —Debemos valorar las diferencias culturales entre nuestros pueblos. A nuestros oídos llegaron las graves acusaciones de nigromancia y los señores de esta tierra, nos conocen como brujos de larga vida. Puede ser un malentendido... o puede que no. Lo mejor será invitar a nuestro «Amigo» a la tierra del Don durante una temporada para que nos ilustre en el noble arte de la herbología.

Annatar se dirigió a Ar-Pharazôn sin posar la vista ni un segundo sobre Amandil y sin titubear en sus palabras dijo:

—Estaría encantado de conocer la famosa Isla estrella de occidente, pero no lo haré en calidad de esclavo ni preso pues yo también soy orgulloso y creo que es una virtud que diferencia a los grandes señores como vos y como yo. Mis muñecas no sostendrán el acero de vuestros grilletes.

Amandil se dio cuenta de que Annatar no acercó ni una sola vez su mirada a nadie que no fuese el portador del cetro y eso llamó su atención, pero lo más llamativo de todo fue el color de los ojos del brujo. Amandil juraría que cuando entró en la sala, el brujo tenía los ojos de color amarillo como la miel de los paneles de abejas pero ahora, su color era más naranja y cambiante.

—Así se hará, —dijo Ar-Pharazôn—vendréis en calidad de invitado a nuestra tierra para mostrarnos las, según vos, malinterpretadas artes de las que se os acusa y allí, sobre el Pilar del cielo, se os juzgará si debe hacerse.

Nadie conoció jamás cuales eran la verdaderas intenciones de Annatar pero todos los allí presentes, como Amandil, percibieron que en todo momento el brujo manejaba los hilos invisibles de la conversación como si de un meliflúo titiritero se tratase. Ya era tarde cuando el pueblo de Númenor conoció que la herbología u orfebrería no eran sus artes más estudiadas, sino que su poder eran las palabras. Con astucia, utilizó la fragilidad del ego del portador del cetro para sus propios intereses.

IV. PROFUNDO SUEÑO - 6 meses antes de la caída de Númenor

Annatar viajó a la isla en calidad de invitado y en poco más de tres días consiguió persuadir al Señor del Cetro para poder participar en las reuniones de palacio. Al principio en asuntos menores, como el uso de las hierbas y su comercio al continente, o la forja de nuevas aleaciones para orfebrería. Poco a poco embelesó el oído del rey hierático de Númenor que no tomaba ninguna decisión sin el consejo del invitado foráneo. La excusa de una perspectiva extranjera fue suficiente y así fue durante los años venideros. Annatar tan solo pidió una cosa a cambio y no lo hizo hasta estar bien posicionado. Tan solo pidió un pequeño altar, para practicar su credo cercano a algún lugar sagrado. La religión fue perdiendo fuerza en la Isla de Númenor desde que los señores del cetro rehuyeran a los Valar y cambiasen sus nombres al adunaico. Se taló Nimloth, el árbol de Númenor regalado por estos como símbolo de independencia pero aún seguía existiendo el templo de Eru Ilúvatar en los lindes del Meneltarma. Annatar demandó un sitio para hacer ofrendas y proteger a esta virtuosa tierra, Númenor, del nuevo Señor Oscuro. La insoslayable pregunta penetró hasta el rincón más profundo de la mente de Ar-Pharazôn. La pregunta que hundió la isla.

— ¿El Señor Oscuro? ¿De quién se trata? —Preguntó— Mis antepasados rechazaron cualquier credo sobre aquellos que residen en los confines del mar. Hay quien, aún en estos tiempos civilizados, se mantiene fiel pero personalmente me domina la indiferencia.

—Indiferente o no—dijo Annatar—sois esclavo de sus designios.

— ¿Esclavo yo? —preguntó Ar-Pharazôn con sarcasmo.

— ¿Podéis elegir no morir? ¿Podéis elegir acaso no enfermar? El tiempo, es la fuerza de la naturaleza que os empuja hacia un precipicio del que no hay escapatoria. El Señor Oscuro, obstinado, gobierna con mano de hierro una región donde no existe dicho precipicio. ¿Existe acaso algo más oscuro que la avaricia? La avaricia de reservar esa tierra privilegiada, fértil y exuberante, a tan solo unos pocos. Y en su codiciosa burla, bautizan vuestra virtuosa isla como del Don para que veáis a vuestros seres queridos morir en ella. El innoble y mezquino conocido como Manwë, Señor de Águilas.

La puerta se abrió de golpe sacando prácticamente las hojas de los goznes y con una fuerte brisa, entró Amandil que arrastraba las hojas que caían de Laurinquë que había en el patio exterior. Lo primero que vio Amandil fue el tornadizo color naranja de los ojos del taimado brujo y una sombra. A pesar de ser un día iluminado sin nubes, había una sombra que envolvía a la sala y a los presentes ahogando el ambiente.

—Mi señor, es vuestra esposa Míriel. Se ha desplomado en los jardines exteriores—dijo Amandil. —debéis venir cuanto antes.

Míriel, que había adoptado el nombre adunaico Ar-Zimraphel, se encontraba encinta.

Cuando empezó a sospechar, colocó varios ajos bajo su almohada. Si se levantaba sin aliento del mismo, era símbolo inequívoco de que estaba encinta. Un método que se venía usando en la isla desde hacía varias generaciones pero que no ofrecía una total seguridad. No obstante el paso de las semanas ilustró el estado de buena esperanza en el que se encontraba. La curva en su vientre había vuelto a acercarse a Ar-Pharazôn que se había distanciado con los años. La idea de un hijo varón que pudiera sucederle en el trono y

siguiera su linaje empezaba a ser real. Lamentablemente, lo que atrajo a Ar-Pharazôn de nuevo a los brazos de su esposa fue la vanidosa idea de tener un heredero varón que lo sucediera y no un heredero a secas. En su mente, le atormentaba la idea de que su fruto fuera una hija que tuviera que ceder el cetro de Annúminas a un hombre inapropiado como había hecho sus esposas. Lamentablemente, la curva del vientre de la reina era completamente redonda, símbolo y señal de la venida al mundo de una heredera. Ar-Pharazôn Presionaba a Míriel, vanamente, para que el alumbramiento fuera el adecuado y ella, que aún sentía el mismo profundo amor que la obligó a ceder el reino, buscó alternativas.

Mando consultar viejos tratados sobre obstetricia de médicos de Númenor y curanderos y alquimistas de otras regiones del continente. La espantosa idea de una cegada mente por amor que buscaba cualquier soga donde sujetarse. Y allí donde había una mente cegada y donde reinaba la desesperanza aparecía aquel que torna el color de sus ojos a su antojo. Annatar, el herborista y orfebre.

—Mi señora, esta pócima no garantiza los deseos de vuestro esposo pero me ha funcionado en otras ocasiones. En mi tierra se usa para asegurar la virilidad del recién nacido. Un uso exclusivo para fines beligerantes. Una vieja receta, sacada de un viejo libro. Esta pócima contiene la savia de un árbol que no crece en esta isla pero que por suerte llevo siempre en mis enseres. Os prepararé una para que toméis siempre cada vez que el sol se oculte y la luna despierte.

Míriel tomaba la pócima en secreto y un día, de golpe, cayó paralizada. Su piel se volvió más nívea que la nieve. Mantenía los ojos abiertos y respiraba con ritmo lento, pero su cuerpo quedó inmovilizado completamente como esculpida sobre mármol. El niño que crecía en su interior parecía estar sano, igual que ella, pero era imposible conocer su estado. Solo en los momentos de mayor desesperación son en los que el hombre se aferra a creencias que no comprende.

Annatar, execrable en sus actos, había envenenado el cuerpo de Míriel y ahora envenenaría la mente de Ar-Pharazôn.

V. CULPABILIDAD REAL - 40 días antes de la caída de Númenor

Existe una expresión que trasciende las membranas que separan todos los mundos, conocidos y por conocer. Dicha expresión, razonable a cualquier ojo y que a la vez ha estado presente en cualquiera de nuestras vidas. Una expresión que reza algo así como: «No eres consciente de tu tesoro hasta que empieza a perder el brillo». Ar-Pharazôn no fue consciente del amor que profesaba a Míriel hasta que la vio pálida como la nieve que corona la cima del Meneltarma. Sumido en un profundo sueño, como condenada por un hechizo es lo que hizo falta para que el Señor del cetro de los mares encontrara, encerrado en lo más profundo de su ser, un amor capaz de romper cualquier cadena.

El lamento de una pérdida estaba suspendido como una niebla sobre el lecho de la reina de Númenor. Agarrando con fuerza su frágil mano, Ar-Pharazôn no podía llorar. Su corazón se estaba despedazando poco a poco, rompiéndose con la tormentosa idea que recorría su mente. La cíclica idea, pues es la idea sin fin de la culpabilidad. Había presionada a su esposa, llevándola a límites desconocidos para él, con tal de tener un hijo apto, sano, fuerte y señorial que pudiera llevar a Númenor a la grandeza de los reyes antepasados y eso impedía que pudiera llorar. Destrozado y seco por dentro, su alma quebró.

Por entonces el Señor del Cetro desconocía las prácticas alquímicas y herboristas del brujo foráneo, que habían sumido en una muerte en vida a la reina sin cetro.

—Es mi culpa—susurró Ar-Pharazôn— ¿Qué ha pasado?

—Mi señor—contestó la comadrona — Puede haber sido cualquier cosa. La partera y yo desaconsejamos a la reina tomar pócimas para asegurar el sexo del bebé. De por sí, estar en estado ya es suficiente cambio para el cuerpo de una mujer y...—la comadrona dudaba, pero su vacilación era infundada por temor a la represalia de su rey— y me temo señor que el bebé aún es demasiado pequeño para extraerlo en caso de que la reina no despertase. Creemos que sufre un dulce sueño y en estas circunstancias solo podemos esperar.

—Amandil, viejo amigo—dijo a su consejero más fiel que no se había separado de él ni un momento— ¿Qué debo hacer?

Amandil abrazó a su amigo pues las palabras de consuelo serían insuficientes y banales pero aun así, lo intentó.

—No podemos hacer nada—contestó Amandil—Podemos construir barcos como castillos y podemos derribarlos si queremos, viejo amigo, pero sigue y seguirá existiendo, misterios ocultos que escapan como la arena húmeda de la orilla del mar entre los dedos de pies. Podemos lamentarnos y llorar amargamente como ya lo hicieron nuestros padres y abuelos con sus respectivas pérdidas. Es la ley de la vida.

—La ley de la vida es maleable y algunos la pueden deformar. —dijo Annatar que había permanecido en una esquina oscura de la sala. Tan oscura que prácticamente solo se percibía el color de sus ojos naranjas, cada vez más rojos, casi como la llama de una fragua.

— ¿deformar? —Preguntó Ar-Pharazôn con un tono desesperado e iracundo— Te aseguro herborista que no es el momento de prosaicas adivinanzas.

—No son adivinanzas pues conocéis la respuesta. Os he hablado varias veces sobre un lugar, no muy lejano, donde el don de la larga vida se vuelve el don de la eterna vida. — dijo Annatar con un tono solemne que puso de los nervios al señor del cetro, que desenfundó uno de los cuchillos que llevaba en el cinturón para ponérselo en el cuello.

— ¡Perro! ¡Para qué quiero ser yo inmortal y permanecer con el alma quebrada por la culpa hasta que el mundo arda! —contestó Ar-Pharazôn acercando cada vez más el puñal. —Te apuñalaré si vuelves a hablar.

— ¡Oídos sordos y necios! —gritó Annatar por primera vez en la tierra de Númenor. Un grito violento que hizo retumbar los cimientos del pilar del cielo, casi más cercano a un chillido estridente y entonces, la daga del rey se derritió, evaporándose en cenizas. — Os ofrezco que vuestra esposa sane de inmediato. Si tanto la amáis, debéis partir hacia Valinor. Sanará y será amada por siempre.

— ¡Ya basta! —gritó Amandil sacando su espada de la vaina—Maldito brujo que revelas tu cara después de tanto tiempo. Esa tierra está prohibida para nuestra gente. Si pisamos su arena, será la ruina de nuestro pueblo. Las águilas vigilan que cumplamos las leyes esculpidas en el viento.

Ar-Pharazôn aún permanecía inmóvil tras el truco del puñal y miró fijamente al revelado brujo y nigromante que tenía delante. Mucho más poderoso de lo que había dicho estos años atrás, y mucho más sabio. Reflexionó pero la reflexión no llegó demasiado lejos pues al girarse el rey sobre sí mismo volvió la mirada a Míriel que reposaba más pálida aún que hacía unos momentos, o acaso era la habitación que se había vuelto más oscura. Y por fin brotó...una lágrima en su mejilla.

— ¿Qué debo hacer?—preguntó Ar-Pharazôn de nuevo, pero esta vez se dirigió a Annatar.

— ¡Mi señor, no!, estas leyes son más vie... —La voz de Amandil se fue apagando en los oídos de Ar-Pharazôn, pues era víctima de un oportuno conjuro. El verdugo, Annatar, el hechicero, brujo, nigromante y conjurador levantó la voz que sonó clara y firme.

—Tan solo un poco de agua de sus dulces manantiales y un poco de arena de sus blancas playas. Traedla y vuestra esposa sanará.

El conjuro provocaba que los gritos de Amandil sonarían sordos y que su presencia fuera invisible para el Señor del Cetro. En su mente, Ar-Pharazôn estaba a solas con Annatar y su amada Míriel. Finalmente tomó la decisión más humana de todas.

— ¡Preparad el Alcarondas! ¡Partiremos al alba!

VI. LAS MONTAÑAS TURQUESAS - *La caída de Númenor*

Alcarondas era la nave insignia de la flota númenóreana. Un barco de más de 50 pies de altura desde la cubierta principal hasta el nido del vigía, con mástiles dorados y velas negras y coronado en su proa con un mascarón esculpido en mármol con la figura de Elros Tan-Minyatur que cerraba un puño sobre su pecho simbolizando el misterio de la elección de los elfos. En su popa, alzado sobre la última cubierta había un trono de madera de Laurinquë rematado con finas líneas en Ithildin que brillaban bajo las estrellas. Una poderosa bestia de guerra que necesitaba de dos anclas, una a estribor y otra a babor para detener su amenazante ritmo. Era tan grande que entre los marineros se contaba que dividía el océano a su paso en dos partes.

La nave del Rey partió al salir el primer rayo de sol sin su más fiel servidor Amandil, que fue defenestrado por Ar-Pharazôn por negarse a pisar las tierras imperecederas. El rey, escoltado por el resto de su guardia, yacía postrado e iracundo sobre el trono de Laurinquë con la idea en mente de recoger sólo lo que Annatar le había solicitado para la curación de Míriel; un poco de agua y un poco de tierra, y tras eso, retornar. La superficie plana del mundo y del océano permitía otear en la distancia como la nave se alejaba con ímpetu hasta el horizonte. En ese momento, mientras el Alcarondas se desvanecía entre el vaivén turquesa, Amandil fue en busca del taimado brujo. Al entrar en la salón principal de palacio, el infame estaba sentado sobre el trono del Rey.

— ¡Vil puerco! ¿Creéis que podéis ser el nuevo Rey de Númenor? ¿Estas eran tus intenciones desde el principio?—dijo Amandil.

Annatar abrió los ojos que hasta entonces habían permanecido cerrado. Su color se había tornado del rojo de las llamas y rellenaba por completo sus cuencas. Alzó la mano izquierda para silenciar a Amandil con un hechizo haciendo que sus gritos de rabia desaparecieran en el aire y con la mano derecha lo hizo levitar un palmo sobre el suelo y lo atrajo hacia sí. Entonces, Amandil cayó en que nunca había escuchado la voz de Annatar tan claramente y es que el brujo jamás se había dirigido personalmente a él. Sorprendentemente, poseía un timbre muy atrayente.

—No habrá más reyes en Númenor porque esta tierra caerá por la bondadosa voluntad de los Valar. —dijo, sonriendo cuando pronunciaba la palabra bondadoso— Sobre sus cenizas, yo, Sauron el nigromante, dominaré al mundo de los hombres. Tu rey, ingenuo y desesperanzado, cree que marcha en una misión de recta moral pero los Valar esperan otra cosa. Antes de que partiera el Alcarondas, he enviado mis fieros puñales negros que harán sangrar esta tierra. Son mis cuervos negros que sujetan sobre sus garras una misiva. En ella, prevengo a los Valar de la beligerante actitud del Rey de Númenor y de su ansia por obtener el don prohibido a los hombres. Vuestro tiempo, númenóreano, acabará.

Annatar, soltó a Amandil que golpeó con sus rodillas el suelo quedando postrado ante el Señor de los Dones. Reflexionó sobre el significado de todo esto. Ar-Pharazôn, no lo sabía pero se dirigía a la guerra contra los Valar por las malintencionadas acusaciones del brujo y esto condenaría a toda la isla de Númenor. No podía hacer frente al poderoso Annatar en combate singular y eso no ayudaría en nada a la inminente guerra. La única opción era tomar una nave más rápida y llegar a Valinor para aclarar a los Valar el malévolo plan del verdadero Señor Oscuro. Amandil abandonó la sala del trono con

dificultades para recuperar la respiración y bajo las estentóreas carcajadas de Annatar, el Señor de los dones: — ¡Vuestro tiempo, númenóreano, acabará hoy!

Amandil cabalgó hacia el puerto de Eldalondë donde cogió una de las naves rápidas de la flota, destinadas para las rutas mercantes que no necesitaban más que dos manos para poder manejarse. Eran 39 días de trayecto hasta Valinor y quizá podría dar alcance al Castillo del mar. Antes de eso, habló con Tuan, su amanuense y le encomendó obedecer sus palabras sin hacer preguntas.

—Buscaréis a mi hijo Elendil y sus hijos, Isildur y Anarion y con ellos a todo el que quiera acompañaros para llegar a Rommena. Allí cogereis los barcos más rápido que haya en ese puerto y navegaréis con presteza cruzando el Belegaer hacia el continente. ¡No miraréis atrás! Yo iré en cuanto pueda. Partiré hacia el oeste e intentaré interceptar la nave de Ar-Pharazôn para explicarle que ha sido víctima de un engaño y se dirige hacia su perdición.

Amandil partió sin demora hacia lo que probablemente sería su última gesta. Despejó la vela del barco que lo impulsó con celeridad hacia las costas blancas de los Valar. No tardó demasiado en otear el castillo del mar Alcarondas pero, presa de un extraño hechizo, no conseguía darle alcance. Pasaron las semanas y Amandil divisó tierra. El Alcarondas fondeaba y por delante, tres barcas alcanzaban la costa bendecida. Entonces se echó boca arriba sobre la barca, extenuado por el esfuerzo y se quedó escuchando los gritos de las Águilas que volaban histéricas entre las nubes.

Ar-Pharazôn pisó la playa y clavó sobre la arena una bandera blanca con dos árboles bordados; uno dorado y el otro de plata. Símbolo de las tradiciones fieles a los Señores del Occidente. Mandó a su tripulación permanecer en las barcas y no pisar la arena absolutamente en ningún caso. Solo él lo haría. Se trataba de una arena que no era dura o áspera y que poseía brillantes destellos de común deleite. Fondearon cerca de la desembocadura de un arroyo de agua dulce. El Rey de Númenor llenó de esa agua un pequeño vaso de cerámica blanca, ornamentado con runas rojas y decorado en su parte superior con un halcón y volvió a la costa. Sus hombres miraban desde las barcas. Ar-Pahrazôn se agachó y dudando, echó una mirada a las montañas que había más allá de la playa. Cogió un puñado de arena con la mano y dejó que los granos fluyeran entre sus dedos y dejarán destellos perlados en su palma. Se sentía más fuerte que nunca. Sin duda, era una arena única. Volvió a hacerlo y esta vez metió la arena dentro del vaso donde estaba el agua del arroyo. Ahora que se encontraba allí, en esa tierra que parecía realmente abandonada, pasó por su mente la idea de aprovechar el viaje. Si llevaba a Númenor más vasos llenos sería recordado por siempre pero la imagen de Míriel apareció en su cabeza, disuadiéndolo, algo que le hizo levantarse y empear a



caminar hacia las barcas, dando la espalda a las montañas de Valinor. Solo necesitaba un poco de arena y un poco de agua.

El sol desapareció en un eclipse formado por una gran sombra con forma de Águila y la tierra comenzó a temblar. El vaso se resbaló de las manos del Rey y se precipitó sobre la orilla, rompiéndose. Incapaz de dar un paso hacia delante, el Rey cayó de rodillas y vio como la orilla del mar se retrasaba hacia el profundo océano arrastrando las barcas con los soldados que caían por la borda. La tierra se quebró dejando fisuras y grietas inmensas donde antes llegaba la orilla. Los temblores eran cada vez más fuertes y sonoros. Las barcas habían desaparecido, algunas precipitadas por las profundas grietas y otras destrozadas por los temblores y el Alcarondas quedó encallado sobre el fondo marino que se había retirado hacia el horizonte. Acobardado, Ar-Pharazôn, se giró hacia la tierra que quedaba tras él y al hacerlo tan solo vio una sombra oscura que se cernía sobre todo, convirtiendo el día en una noche opaca sin estrellas.

La sombra descendió y le alcanzó.

La barca de Amandil que permanecía a casi una milla de distancia de donde antes estaba la costa blanca de Valinor vio como la orilla se retiraba hacia el fondo marino, sumando tal cantidad de agua que al erguirse formó una portentosa ola que más parecía una extraordinaria cordillera de montañas turquesas. A pesar de la cataclísmica visión lo que realmente encogió su corazón fue el manto de oscuridad que estaba tendido sobre el cielo. Nada más se supo sobre Amandil, Señor de Andúnië.

Inexorable, la gran ola avanzaba en dirección este, arrasando la vida a su paso.

En Númenor, Míriel despertó del profundo y dulce sueño provocado por Annatar y entonces se asomó al balcón del palacio, tras escuchar los gritos que venían de los patios exteriores. Primero la luz la cegó provocando que se llevara las manos a la cara e inmediatamente después el manto de oscuridad que se desplazaba más rápido que el agua cubrió todo Númenor. Tras ello, a lo lejos percibió una montaña que antes no estaba allí. Era realmente toda una cordillera de montañas de color azul coronadas con nieve, o eso le pareció a ella. La Gran ola arrasó el puerto de Andúnië y la región de Andustar, después llegó Hyanustar y Mittalmar, donde se encontraba el palacio. La isla estrella quedó sumergida por completo en el océano y donde antes estaba, ahora solo quedaban restos de las maderas de Laurinquë que se utilizaban para los barcos y casas. Los pocos supervivientes que hubo del cataclismo cuentan que vieron a la reina de Númenor brillar en uno de los balcones de palacio. De su vientre emergió una luz incandescente que ascendió hacia el manto negro que cubría toda la isla del Don. La luz quedó fijada en el firmamento pasando a ser el último recuerdo de la Isla de los hombres más grande que jamás existió.

VII. LA ÚLTIMA HIJA DE NÚMENOR - 50 años después de la caída de Númenor

En la taberna no se escuchaba absolutamente nada que no fueran las palabras veladas de Tuan y el rasgueo de sus cuerdas. Durante el relato, su nariz y su ojo habían empezado a amoratarse por la trifulca anterior. Los presentes, obnubilados por las palabras y la música se quedaron reflexionando sobre la historia que acababan de escuchar, entre ellos el tabernero que había dejado todo el trabajo de lado para prestar total atención al bardo. Solo al finalizar, se escuchó con un timorato tono de voz una pregunta.

— ¿Qué sucedió con Annatar? —dijo uno de los presentes.

—Nadie lo sabe con exactitud. Su templo a Melkor se hundió con la tronante pesadilla. Se piensa que huyó, haciendo uso de las artes oscuras hacia la Tierra Media para planear su siguiente movimiento contra el mundo de los hombres. Lo hará con otro nombre, pues es el ser más taimado que esta tierra ha conocido y lo hará para apuñalarnos traicioneramente cuando menos lo esperéis. En su huida, arrastró además a los señores de Númenor que habían aceptado sus presentes, ¿lo recordáis? Aquellos anillos que estaban bendecidos por su credo y regalados a los hombres condenados a morir. Eran armas para esclavizar sus almas y torturarlas en alguna caverna oscura.

—Lo que contáis, bardo, es cuanto menos increíble—dijo el tabernero. — Una gran historia pero vacía de pruebas. Tan solo tenemos la palabra de un númenóreano que defiende el honor de su último rey. Además, el vientre de la princesa Míriel... ¿brillando? Sin ofensa, pero parece que quisiste endulzar la trágica historia de tu pueblo.

—Tabernero, he visto que tenéis un mapa de las estrellas anterior a la caída de mi pueblo allí colgado sobre la pared. —dijo Tuan, señalando justo donde estaba el cuadro. —No habría contado esta historia de no haberlo visto antes.

El tabernero se acercó a la pared y descolgó el cuadro con el mapa. Estaba desgastado por algunas partes, tenía arrugas y alguna que otra quemadura, debido al extenso uso de algún marinero de antaño. El tabernero lo extendió sobre la mesa y Tuan señaló con su dedo una zona del mapa que estaba en blanco, libre de estrellas.

—Este mapa, es anterior al cambio del mundo provocado por el cataclismo. Un mundo esférico que impide alcanzar en línea recta las rutas hacia Amán. Aquellos incrédulos que queráis pruebas sobre mi historia debéis seguirme.

Tuan salió de la taberna con el mapa en la mano. Se alejó lo suficiente para que la luz de los faroles le concediera una visión más clara del firmamento. Prácticamente toda la taberna seguía sus pasos. La mayoría de ellos, que se dedicaban a trabajos en la mar no necesitaban ver el mapa pues lo conocían de memoria.

— El mundo cambió. La tierra y el cielo se volvieron un orbe, haciendo que las estrellas se distanciarán entre sí, ¡Mirad! ¿Lo veis?, es aquella—dijo señalando hacia el cielo oscuro—Existe una estrella que antes no estaba. Una brillante luz que no veréis nunca en los mapas anteriores a la caída de Númenor. Una estrella con un destello dorado titilante e invisible a los ojos del marinero pues señala una tierra que ya no existe. Si la noche es clara y sin nubes, esa es la estrella más brillante del firmamento. Toda la gloria y caída de Númenor se puede contar mirando hacia la bóveda celeste. El vientre de la princesa Míriel brilló con un

resplandor dorado y se alzó sobre por encima del agonizante pueblo de Númenor y sobre el verdugo océano. Ascendió más alto que el frío pico del Meneltarma y se fijó en la cúpula del mundo como una estrella más. Ancalimë la llama mi pueblo; es la estrella dorada. Ella es la última hija de Númenor.

Númenya aranel, silmuva tennoio, «la princesa del oeste, brillará por siempre».